

cartas tranquilamente de las cosas mas indiferentes, de la educacion de los niños, de los estudios históricos, de las reglas de higiene, etc. Los soberanos se hacian mutuos presentes y se guardaban toda clase de consideraciones; pero en el fondo Catalina era antipática á Gustavo III y Gustavo á Catalina. La guerra que entre los dos estalló á fines de sus reinados demuestra la participacion personal de los dos soberanos, que lucharon entre sí no solo por medio de las armas, sino tambien con la pluma, discutiendo con apasionamiento en los manifiestos y en las declaraciones. Fácil nos es seguir los detalles de las apasionadas publicaciones de la emperatriz dirigidas contra Gustavo: medio de que se sirvió entonces y que solia utilizar con gran habilidad literaria.



El conde Falkenstein (emperador José II).
Medalla conmemorativa del viaje del emperador á Rusia (1780).
Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado,
J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de A. Lütke

La extensa correspondencia que sostuvo con algunos de los embajadores ó generales rusos que residían en el extranjero nos demuestra tambien su intervencion constante en los negocios de política extranjera. En ella, la emperatriz instruye á unos y á otros de la situacion de las cosas y del modo como deben cumplirse las tareas diplomáticas ó llevarse á cabo las operaciones militares. Unas veces aconseja actividad, otras veces anima en caso de un mal éxito y siempre expresa con claridad, energía y seguridad sus opiniones y sus intentos, mostrando conocimientos en todo y entrando en los detalles de los mas diversos asuntos.

A la accion personal de la emperatriz en punto á política exterior pertenece tambien su correspondencia particular con los personajes de la Europa occidental, á cuyas opiniones daba gran importancia, ó de cuyos servicios necesitaba por ser órganos de publicidad. Las largas cartas sobre distintos asuntos no políticos que escribía á Grimm, á Voltaire, á las señoras Geoffrin y Bjelke, á Zimmermann y á otros, contienen algunas observaciones sobre política exterior que tienden indudablemente á influir en la opinion pública. Venía aquella á ser una especie de prensa oficial, cuyo órgano era la misma Catalina. En esta correspondencia procura la emperatriz enterar al público acerca de sus propósitos; en ella se encuentra la refutacion de tales ó cuales rumores que podían perjudicar al gobierno ruso; en ella vemos los esfuerzos que hacia Catalina para conseguir que el mundo entero formara mas elevado concepto de los medios de fuerza con que contaba y de los triunfos que conseguía Rusia. La emperatriz no solo reinaba en absoluto; no solo lo dirigía todo por sí misma, sino que tambien estaba

siempre dispuesta á explicar, como publicista, sus manejos y sus intenciones.

Con esta extraordinaria aptitud para los asuntos políticos, y con el especial talento que en la conversacion mostraba, Catalina no podia menos de tener gran influencia en la esfera diplomática. En efecto, supo prepararse entrevistas con elevados personajes y sacar de ellas utilidad para sus fines políticos. La presencia del príncipe Enrique de Prusia en San Petersburgo, en 1770, durante la cual se discutieron las mas importantes cuestiones políticas, ocupa un lugar preferente en el génesis de la reparticion de Polonia. En 1776 tuvieron una segunda entrevista el hermano de Federico el Grande y la emperatriz. El viaje que, en 1780, emprendió el emperador José á Mohileff fué el punto de partida de las amistosas relaciones entre Rusia y Austria; y una segunda entrevista que, en 1787, celebraron, en el Sur de Rusia, Catalina y José II fué, como la primera, de gran trascendencia para la historia de la conducta que ambos Estados siguieron en Oriente. Gustavo III fué, en 1777, á San Petersburgo para conocer á Catalina; los dos celebraron una segunda entrevista en Frederikshamn, en 1783; y en estas como en todas las circunstancias, supo la emperatriz hacer valer los atractivos de su persona, la superioridad de sus dotes y de su situacion, defender los intereses de su imperio y conseguir, con sus conversaciones, los fines de su política. En tales ocasiones, se vió cuán insignificante era al lado de la persona de la emperatriz la situacion de sus ministros. Hombres como Panin, Ostermann, Besborodko y otros se vieron reducidos á la condicion de secretarios, de quienes se servía la emperatriz únicamente para redactar documentos bajo su inspiracion. Su tarea consistía en trasladar al papel las ideas de la emperatriz, y cuando sus opiniones diferían de las de Catalina, esta no hacia caso alguno de ellas. El entenderse directamente con un amigo político como José II ó con un representante de Prusia tan caracterizado como el príncipe Enrique, se avenía mas con el temperamento de la emperatriz que el tratar por medio de embajadores y ministros.

Por las memorias y escritos de algunos esclarecidos diplomáticos que vivieron largo tiempo en la corte de Rusia, sabemos cuánta habilidad diplomática desplegabla la emperatriz en su trato con hombres como el embajador inglés Harris y el diplomático francés, conde de Segur. Por espacio de algunas horas seguidas trataba con ellos las mas importantes cuestiones, teniendo estos personajes que apelar á todo su ingenio, presencia de espíritu, habilidad de lenguaje y arte diplomático para mostrarse, en tales conversaciones, que á veces degeneraban en disputas, á la altura de la emperatriz. La combinacion de los placeres agradables con los asuntos políticos se avenía perfectamente con los gustos de Catalina. Aun engolfada en los atractivos de una conversacion discreta, no se descuidaba nunca en utilizar cualquier ventaja que se le ofreciera para poner en buen terreno su política y para dar mayor fuerza á las pruebas de la prosperidad de que gozaba su imperio y de los triunfos que obtenían sus esfuerzos políticos. Como Catalina mezclaba en estas conversaciones lo serio con lo gracioso, y como, por ser emperatriz y señora, contaba de antemano con la cortesía de sus contradictores, fácil le era, de cuando en cuando, dar cierta enérgica expresion á sus opiniones sin temor de que produjera queja alguna. La facilidad y los atractivos de las formas amables que usaba, tomaban tambien la ofensiva cuando abogaba con energía y viveza por la causa de la verdad. Las mas de las veces, era para los diplomáticos tarea difícil, sin éxito pero siempre en extremo agradable, la de discutir personalmente con la emperatriz. La impresion que su conversacion les producía era inolvidable.

Los primeros pasos

Federico, en sus Memorias, reconoce que la noticia de la revolucion ocurrida en Rusia le habia producido el efecto de un rayo. El advenimiento de Pedro III al trono habia sido su salvacion: Finkenstein habia escrito á Goltz diciéndole que no debía desearse otra cosa, sino que el emperador se

sostuviera en el trono. No pudo ser así, y al recibir Federico la noticia vióse frente á frente de un inseguro porvenir, pues no era tan fácil de reparar la pérdida de un aliado que, como decia el mismo Federico, servía á los intereses de Prusia como si fuese un ministro de esta nacion. En las nuevas circunstancias todo era problemático.

Creíase que Catalina, respecto de Prusia, observaría, no



ЕКАТЕРИНА ВТОРАЯ CATHERINE THE SECOND.

Catalina II, en traje de emperatriz. Reduccion de un grabado de Jaime Walker. Cuadro original de Juan Bautista Lampi (1751-1830)

la conducta de su inmediato predecesor, sino la de la emperatriz Isabel, y así nos lo muestra el hecho de que el general ruso Ssaltykoff, que durante el reinado de Pedro III habia debido evacuar los territorios prusianos ocupados por los rusos, los ocupó de nuevo en cuanto tuvo noticia del advenimiento de Catalina al trono. Sin embargo, esta operacion militar no estaba conforme con las intenciones de Catalina (1).

(1) Véanse dos despachos circulares dirigidos á los embajadores en el extranjero, en 16 de agosto de 1762, en el *Siglo diez y ocho*, I, 74.

La emperatriz no pensaba en reanudar la guerra contra Prusia, y tanto era así, que á su advenimiento al trono, dió orden al general conde Sachar Chernyscheff, que se encontraba cerca del rey prusiano, de que asegurara á este el firme propósito que tenia de persistir en la paz firmada por su esposo. Poco despues ordenó á Chernyscheff que volviera con su ejército á Rusia. Como es sabido, Federico suplicó al conde que aplazara su marcha por espacio de tres dias, para que los austriacos continuaran desorientados como estaban acerca de la conducta que observaría Rusia; y él aprovechó este plazo para derrotar al general austriaco Daun y comenzar el

sitio de Schweidnitz, consiguiendo de este modo algunas ventajas. Chernyschew podía estar más enterado que Ssaltykoff de las intenciones de la emperatriz, la cual solo en el momento de su advenimiento al trono y para producir cierto efecto en el pueblo había calificado á Federico de «mortal enemigo» de Rusia, en el manifiesto de 28 de junio. Por la conducta que para con el embajador prusiano, Goltz, observó Catalina se vió cuán lejos estaba de considerar á Federico como «enemigo mortal» de Rusia. Goltz, durante el reinado de Pedro III, no se había cuidado de la emperatriz para no enajenarse el favor del emperador. Durante los sucesos del 28 de junio, había estado al lado de Pedro y había sido de los que acompañaron á este en la expedición nocturna á Cronstadt. En 29 de junio, sin embargo, mandóle á decir la emperatriz que si quería ir á San Petersburgo, había una escolta de 12 húsares dispuesta á acompañarle, y que estaba decidida á mantener la amistad y la buena inteligencia con la corte de Prusia (1).

De esta suerte, pudo el rey Federico felicitar, en una carta de 7 (18) de julio, á la emperatriz, manifestando la esperanza de que entre ambos Estados reinarian el mejor acuerdo y la «buena armonía.»

En la contestación que, al día siguiente, redactó y envió Catalina sin consultar para ello á ninguno de sus ministros y sin revelar á nadie el contenido del documento (2), expresaba sus deseos de paz y censuraba el «extraordinario celo» de Ssaltykoff, cuyos movimientos habían sido desaprobados (3).

Sin embargo, pronto se manifestó á Goltz que los deseos de paz de la emperatriz llevaban consigo la condición de que Federico pusiera término á la guerra. Catalina abrigaba, al parecer, la esperanza de ser la autora de la paz, la mediadora entre Federico y su adversario, y decía que su deseo era que «las negociaciones se llevaran por su conducto» (4).

El príncipe Reppin, que se encontraba cerca del rey en el campamento de Begendorf, escribía que había visto á Federico sumamente perplejo al referirle el cambio ocurrido en Rusia. El rey no sabía aun que «el excesivo celo de Ssaltykoff no había encontrado eco en San Petersburgo.» Reppin decía que el rey «se había mostrado, durante la conversación, muy abatido, porque abrigaba el temor de que la unión entre Prusia y Rusia tocara á su término.» Algunas horas después, mandó llamar Federico al príncipe Reppin y le preguntó si sabía lo que había determinado el proceder agresivo de Ssaltykoff; y que en caso de que la causa fuera el temor de que Federico quisiera combatir el gobierno de Catalina, declaraba terminantemente que, después de la abdicación formal y escrita de Pedro, nadie podía hacer nada contra la emperatriz y que él, por su parte, reconocía como tal á Catalina. Al propio tiempo, hizo preguntar á esta si deseaba que Goltz continuara en Rusia, en calidad de embajador prusiano (5).

Del pánico que la noticia del advenimiento de Catalina al

(1) Kurd von Schlözer, *Federico el Grande y Catalina II*, Berlin, 1859, pág. 108-109.

(2) Goltz escribió al rey: «La emperatriz ha dado su respuesta, no solo sin consultar á ninguno de sus ministros, sino sin comunicarla á ninguno de ellos, de suerte que los sentimientos que expresa en su carta pueden ser considerados como los suyos propios y exclusivos. Este es un detalle que acabo de saber de buen origen.» Kurd von Schlözer, pág. 110-111.

(3) Véanse las cartas de Federico y de Catalina en la obra de Schlözer, pág. 110-111, y recientemente en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 151-152.

(4) Trabajo de Marten sobre Rusia y Prusia en la revista *Correo europeo (Wjestnik Jewropy)*, 1882, cuaderno de mayo, 226-239.

(5) Ssolowieff, XXV, 190.

trono produjo en Berlin, tenemos conocimiento por lo que de él nos dice el diplomático Korff que en aquel tiempo se encontraba en la capital de Prusia y que pretende que el tesoro del rey fué trasladado inmediatamente y de noche á Magdeburgo (6).

Aun cuando no tardaron en llegar de San Petersburgo mejores noticias, esto no obstante el buen acuerdo entre Catalina y el rey podía verse todavía sujeto á varias alternativas. Catalina había hecho depender sus tendencias pacíficas de la conducta que respecto de sus enemigos observara el rey. En la Memoria de Reppin, recientemente descubierta, vemos que Federico contrarió los deseos de la corte rusa, observando una conducta severa con la Sajonia.

Reppin decía que el rey no se fiaba mucho de los deseos de paz de la emperatriz y había llegado á solicitar que el embajador ruso extendiera un documento en que se hicieran constar los sentimientos de Catalina, para poderlos mostrar á los demás embajadores. Reppin se negó á extender una nota de esta índole. Al poco tiempo, recibió el rey la carta de la emperatriz fechada en 24 de julio; y cuando Reppin ofreció al rey los buenos servicios de Rusia para conseguir la paz, Federico se negó á aceptarlos.

Esto no obstante, la emperatriz continuó acariciando la idea de intervenir en la paz, y á fines de julio redactó un interrogatorio acerca de esta cuestión, cuyo contenido sometió al exámen de sus más elevados funcionarios (7), la mayor parte de los cuales opinaron como la emperatriz (8). Esta y sus ministros trataron especialmente la cuestión de si convenía que las tropas rusas regresaran á su patria ó permaneciesen en el Occidente de Europa apoyando la acción diplomática de Rusia. Casi todos los ministros se mostraron favorables á esta última solución, haciendo notar Colizyn cuán conveniente era evitar los peligros que por parte de Prusia podían amenazar á los vecinos de esta nación. A pesar de esto, Catalina optó por el regreso del ejército y porque se consiguiera del rey de Prusia que firmara la paz con el Austria y la Sajonia. Con la retirada de las tropas rusas pareció asegurado el buen éxito de la acción diplomática de Rusia. Catalina, en un rescripto dirigido al príncipe Reppin, le manifestó cuánto la disgustaría que el rey de Prusia quisiera continuar la guerra y le encargó que tratase de conocer las intenciones de Federico, y si era necesario le manifestase que la Rusia podía estar dispuesta á defender los intereses del Austria.

Reppin comenzó por indicar á Federico la necesidad de evacuar la Sajonia. A medida que el diplomático ruso trataba de ejercer esta especie de presión, veíase tratado por el rey con creciente frialdad, hasta el punto de que solicitó de la emperatriz el permiso para dirigirse á Berlin, á fin de no exponerse á contraer alguna enfermedad. La idea de la reunión de un congreso era la que con más energía rechazaba Federico. Por fin, aparecieron algunos síntomas de disidencias: Reppin recibió órdenes cada vez más terminantes para que amenazara al rey con un enfriamiento de relaciones por parte de Catalina, la cual redactó por sí misma las instrucciones conforme á las cuales debía proceder Reppin: «Dudo, decía este, que el rey se someta, si no se le obliga á ello por medio de las armas.» Repetidas veces sostuvo Reppin, que la marcha de las tropas rusas había sido causa de que Federico persistiera tan tenazmente en su empeño (9).

(6) Ssolowieff, XXV, 202.

(7) Ssolowieff, XXV, 192.

(8) Véanse entre otras las contestaciones de Wolkonsky en el *Siglo diez y ocho*, I, 80-82.

(9) Ssolowieff, XXV, 196-198.

A fines de noviembre, celebró Reppin una entrevista con el ministro prusiano Finkenstein, en la cual le dijo, entre otras cosas, que, conforme al derecho de gentes, la Sajonia debía ser indemnizada por la Prusia de las pérdidas que durante la guerra había sufrido; á lo cual Finkenstein desconcertado contestó que debía averiguarse hasta qué punto Sajonia era responsable de la guerra. Reppin dice que el ministro prusiano hablaba con voz entrecortada y que temblaba de indignación (1). La situación podía hacerse en extremo tirante. Federico se había convencido de que una paz hecha con intervención de la Rusia no podía ser para él bastante ventajosa; por lo cual pensó en llegar á un acuerdo con su enemigo lo más pronto posible, sin esperar que en ello interviniera la emperatriz.

De gran interés fueron, en aquellas circunstancias, las cartas que á fines de aquel año se cruzaron entre Catalina y Federico, y en las cuales se manifiesta el gran talento diplomático de ambos soberanos y se ve cuánta mayor influencia debía ejercer tal correspondencia en la rapidez de los resultados, de la que ejercieron en ellos las negociaciones entabladas entre el príncipe Reppin y el ministro Finkenstein.

Catalina escribía, en 17 (28) de noviembre, desde Moscou, donde residía desde su coronación, que quería ser franca, como exigían los deberes de amistad, y que debía manifestar el sentimiento que le causaba el ver que la paz, objeto de sus esfuerzos, no se conseguiría hasta que el rey se sometiera á sus indicaciones. Hacía notar además cuánto regocijaba á los enemigos de Rusia y de Prusia el desacuerdo que entre los dos soberanos reinaba, y que existía á pesar de que ella por su parte hacía cuanto á su alcance estaba para apartar todos los obstáculos que se oponían á una buena armonía. Lo principal era terminar la guerra: ¿tantas dificultades traía consigo el arreglo pacífico? Mas adelante probaba la emperatriz que había tenido medios para proceder de otra suerte y que los poseía todavía para seguir una política muy distinta de la que hasta entonces había seguido, no escaseando sacrificio alguno para conseguir la paz. Esta carta terminaba con una amenaza: «Yo sé, decía la emperatriz, que la corte de Viena quiere la paz, y podría hacer á V. M. sobre esto algunas indicaciones si pudiese esperar de V. M. otro tanto, pero desgraciadamente V. M. ha observado una conducta de resistencia y temeridad que mis intentos fracasaron y que me viese obligada á adoptar medidas que se oponen á mis deseos y opiniones y sobre todo á mis sentimientos amistosos hacia V. M. (2)»

En su contestación, fechada en Leipzig el 22 de diciembre, dice el rey que la carta de Catalina le ha causado gran placer, y que la contesta con la misma franqueza. Añade que sabe que la Inglaterra es la que le echa en cara el poco amor á la paz y le quiere obligar á firmarla en condiciones para él muy desventajosas; que, á pesar de los muchos enemigos que había tenido, nunca se había visto obligado á firmar una paz vergonzosa, por lo cual esperaba que en aquellas circunstancias, María Teresa, encontrándose aislada, se mostraría más moderada; que Catalina podía por sí misma decidir quién manifestaba más deseos de paz, si el Austria, que hacía conquistas, ó la Prusia, que solo quería recobrar lo que ya había sido suyo. Seguía diciendo Federico que Catalina

(1) Ssolowieff, XXV, 199. La pretensión de que Sajonia fuese indemnizada, estaba enlazada con los planes de Catalina respecto de Curlandia. Véase el siguiente capítulo.

(2) *Je crains qu'enfin mes meilleurs intentions n'échouent et que je ne sois entraîné à des vues très contraires à mes souhaits et inclinations ainsi qu'aux sentiments très sincères etc.*

desde el principio había declarado su intención de no mezclarse en la guerra; que después la Prusia había obtenido una serie de ventajas, y que á la sazón había todavía muchas cuestiones pendientes y por eso había renunciado á su primer propósito de solicitar la intervención de la emperatriz. Por lo demás, podían salvarse los intereses de todos, especialmente si los buenos consejos de la emperatriz podían poner freno á las desmedidas pretensiones de algunos, etc. (3).

Esta carta gustó á la emperatriz, la cual, en un baile de máscaras, se acercó con alegre semblante al embajador prusiano y, después de hablar de cosas indiferentes, le dijo á media voz: «Lo que me enviasteis ayer me ha regocijado en extremo: ruégoos que deis en mi nombre las gracias al rey, vuestro señor (4).»

A fines de noviembre, el conde Solms, el nuevo embajador prusiano, llegó á Moscou, residencia de la corte, y comenzó á desempeñar su misión diplomática por medio de conversaciones con la emperatriz, Panin, Woronzoff y Colizyn, en las cuales procuraba derribar al enemigo de Prusia, conde Bestusheff. Una tarde (18 de diciembre), en una tertulia de la emperatriz, manifestó Solms, oponiéndose á Bestusheff, su admiración de que Catalina defendiese con tanto empeño los intereses de Sajonia, cuando en este país se habían regocijado tanto al saber la conspiración tramada por Cruschcheff contra ella, y se había dado pábulo al rumor de que la caída de la emperatriz era inevitable en un porvenir no lejano. De esta suerte procuraba la Prusia perjudicar á los antiguos aliados de Rusia, sin estar segura todavía de la amistad de Catalina. Por entonces escribió Federico á Finkenstein que era preciso ganar tiempo y adelantar aunque fuera á pasos lentos, añadiendo que aun cuando nada positivo se sabía acerca de la conducta de Rusia, era seguro que no querría romper sus relaciones con Prusia, ni tampoco era de creer que el Austria lograra ejercer gran influjo en San Petersburgo (5).

El rey tenía razón, pues no era de temer una aproximación entre Rusia y Austria.

En Viena, al tener noticia de la revolución verificada en Rusia, se creyó que aquel acontecimiento podría ser muy ventajoso para María Teresa, la cual, en una carta autógrafa de felicitación que dirigió á la emperatriz, decía que, á su modo de ver, nadie era tan digno de ocupar el trono como Catalina, que había conseguido ocupar en su corazón el puesto que antes estaba reservado á la difunta emperatriz Isabel. Esta carta terminaba con algunas frases expresivas acerca de la comunidad de intereses que entre Austria y Rusia existía. La contestación de Catalina solo contenía generalidades. Mercy-Argenteau, en sus conversaciones con Woronzoff, Colizyn y Panin, comprendió que Rusia quería y necesitaba la paz. Comenzó á hablar de la mediación de Rusia para lograrla, pero pronto hubo de ver el embajador austriaco que María Teresa nada tenía que esperar de Rusia. No sin cierta ironía mostró el embajador, en una conferencia celebrada con los ministros el 20 de agosto, la contradicción que existía entre la conducta de Rusia, amistosa para la Prusia, y el calificativo de «enemigo mortal» que á Federico se daba en el manifiesto de 28 de junio, solicitando encarecidamente que Rusia tomase un partido definitivo y que le declarase sus intenciones. Las contestaciones que recibió de los hombres de Estado rusos fueron evasivas y nada decían. En el despacho de Mercy se ve el descontento que en él producía el proceder de Rusia, pues califica de «preci-

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 158.

(4) Reimann, *Nueva historia del Estado prusiano*, Gotha, 1882, I, 48.

(5) Ssolowieff, XXV, 200-201.